

lla costra se ponian ocre, y cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El habito de los sacerdotes Megicanos no era diferente del comun del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón: pero los que en los monasterios profesaban una vida mas austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y a veces les llegaban a los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón, y los untaban con tinta, resultando un grueso volumen, no menos incomodo, para ellos, que horrible y asqueroso a la vista.

Ademas de la uncion ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y mas abominable, siempre que hacian sacrificios en las cimas de los montes, y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas, y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemabanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero, con hollin de ocotl, con tabaco, con la yerba ololiuhqui, y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabolica confeccion a sus dioses, y despues se ungian con ella todo el cuerpo. Despues arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrian hacerles ningun mal, ni las fieras de los bosques, ni los insectos mas maleficos. Llamaban a aquella untura *teopatli*, es decir medicamento divino, y la creian eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que solian darla a los enfermos, y a los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados en coger los bichos necesarios para su composicion, y acostumbrados desde pequeños a aquel oficio, perdian el miedo a los animales venenosos, y los manejaban sin escrupulo. Servianse tambien del *teopatli* para los encantos, y otras ceremonias supersticiosas, y ridiculas, juntamente con cierta agua que bendecian a su modo, particularmente los sacerdotes del dios Ijlitlon. De esta agua daban a los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos, y austeridades; no se embriagaban jamas, antes bien raras veces bebian vino. Los de Tezcatzoncatl, despues de terminado el canto con que celebraban a sus dioses, echaban cada dia al suelo trescientas tres cañas, numero correspondiente al de los cantores; entre ellas habia una agugereada: cada uno tomaba la suya, y aquel a quien tocaba la agugereada era el unico que podia beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo se astenian de tocar a otra

muger que a la legitima, y afectaban tanta modestia, y compostura que cuando encontraban casualmente a otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exeso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teohuacan estaba convicto de haber faltado a la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche a palos. En Ichcatlan el sumo sacerdote estaba obligado a vivir siempre en el templo, y a astenerse de toda comunicacion con mugeres. Si por su desgracia faltaba a este deber, moria irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos a su sucesor, para que le sirviesen de egeemplo. A los que por pereza no se levantaban para los egercicios nocturnos de la religion, bañaban la cabeza con agua hirviendo, o les perforaban los labios, o las orejas, y los que reincidian en esta o en otra culpa, morian ahogados en el lago, despues de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacian al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivian ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores.

Las Sacerdotisas.

El sacerdocio no era perpetuo entre los Megicanos. Sin embargo, habia algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares: pero otros lo hacian por algun tiempo, o para cumplir un voto de sus padres, o por su propia devocion. Tampoco era el sacerdocio propiedad esclusiva del sexo masculino, pues habia mugeres que egercian aquellas funciones. Incensaban los idolos, cuidaban del fuego sagrado, barrian el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacia diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podian hacer sacrificios, y estaban escluidas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas habia algunas consagradas desde la niñez por sus padres otras, en virtud de algun voto que hacian por enfermedad, o para obtener un buen casamiento, o para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servian en el templo por espacio de uno o dos años. La consagracion de las primeras se hacia del modo siguiente: cuando nacia la niña, la ofrecian sus padres a alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y este al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Despues de dos meses la llevaban al templo, y le ponian en las manos una granadilla, y un pequeño incensario con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblacion, juntamente con la de algunas cortezas de arbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba a la edad de cinco años, la entregaban sus

padres al Tepanteohuatzin, y este la ponía en un seminario, donde la instruían en la religion, en las buenas costumbres, y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban a servir por algun voto particular, lo primero que hacian era cortarles los cabellos. Las unas, y las otras vivian con mucho recogimiento, silencio, y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas antes de media noche, otras a media noche, y otras al rayar el dia, para atisar, y avivar el fuego, y para incensar a los idolos; y aunque asistian algunos sacerdotes a la misma ceremonia, habia una separacion entre ellos, formando los hombres un ala, y las mugeres otra, aquellos y estas a vista de sus superiores, para que no hubiese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblacones de comestibles, y barrian el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar, y tejer hermosas telas, para vestir a los idolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este genero era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la colera de los dioses con ayunos, y austeridades, pues temia que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba a la edad de diez y siete años, que era en la que, por lo comun, se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto numero de codornices, y cierta cantidad de copal, de flores, y de comestibles, con un discurso en que le daban gracias por el esmero que habia puesto en la educacion de su hija, y le pedia licencia de llevarla consigo. Aquel personage respondia con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedia, y exortando a la joven a la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

Diferentes ordenes religiosas.

Entre las diferentes ordenes o congregaciones religiosas de hombres, y de mugeres, merece particular mencion la de Quetzalcoatl. En los colegios o monasterios de uno u otro sexo, dedicados a este imaginario numen, se observaba una vida extraordinariamente rigida, y austera. El habito de que usaban era mui honesto: bañabanse todos a media noche, y velaban hasta dos horas antes del dia, cantando himnos a su dios, y egercitandose en varias penitencias. Tenian libertad de ir a los montes, a cualquier hora del dia, y de la noche,

a derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban, en virtud de su gran reputacion de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban tambien el nombre de Quetzalcoatl, y tenian tanta autoridad, que a nadie visitaban si no es al rei, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba a comer al superior, el cual enviaba en su lugar a uno de sus subditos. Este le presentaba el niño, y él, tomandolo en brazos, lo ofrecia, pronunciando una oracion a Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar, que debia llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplia dos años, le hacia el superior una incision en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagracion. Cumplidos los siete años, entraba en el monasterio, despues de haber oido de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos a Quetzalcoatl, y lo exortaban a cumplirlo, a observar las buenas costumbres, a obedecer a sus superiores, y a rogar al dios por los autores de su vida, y por toda la nacion. Esta orden se llamaba *Tlamacajcayotl*, y sus individuos, *Tlamacazquo*.

Otra orden habia consagrada a Tezcatlipoca, que llamaban *Telpochtiliztli*, o coleccion de jovenes, por componerse de jovenes, y niños. Consagrabanse tambien desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir: pero no vivian en comunidad, si no cada uno en su casa. Tenian en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigia, y una casa en que al ponerse el sol, se reunian a bailar, y a cantar los elogios de su dios. Concurrían a esta ceremonia ambos sexos, pero sin cometer el menor desorden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigurosamente a quien faltaba a las reglas establecidas.

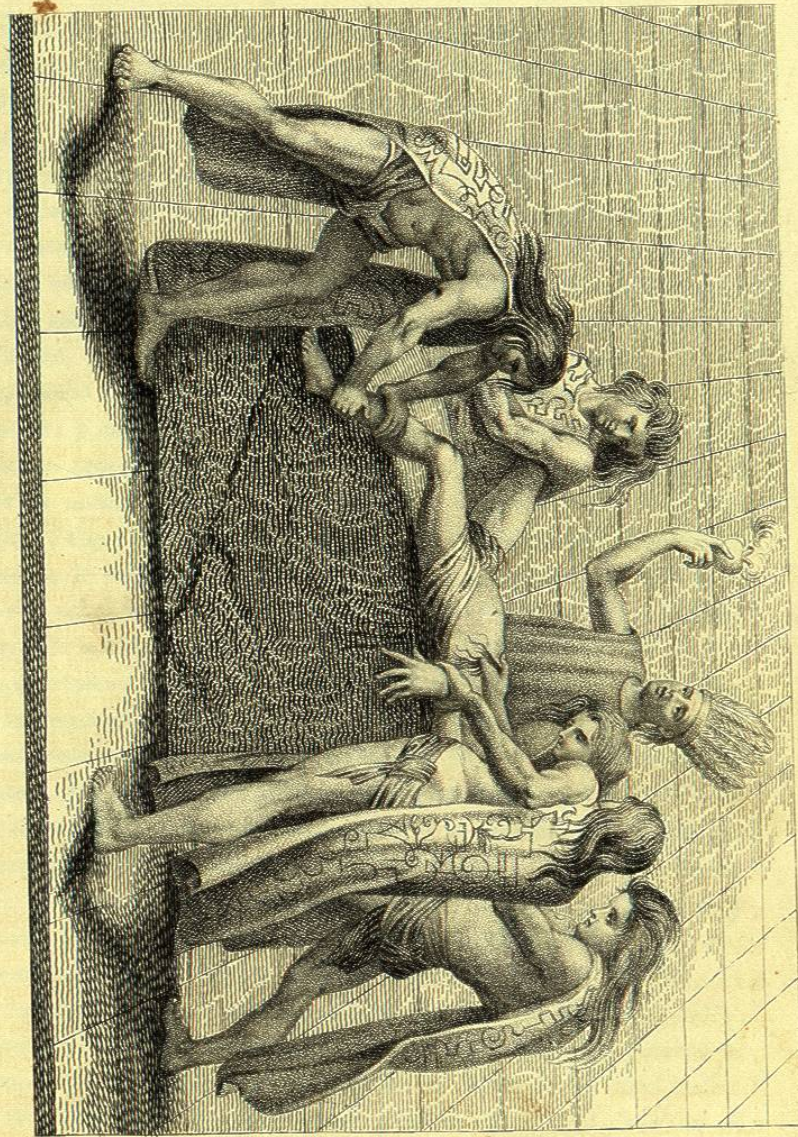
En los Totonagues habia una orden de monges, dedicados al culto de su diosa Centeotl. Vivian en gran retiro, y austeridad, y su conducta, dejando a parte la supersticion, y la vanidad, era realmente irrepreensible. En este monasterio no entraban si no hombres de mas de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos, y honestos. Habia un número fijo de monges, y cuando moria uno, le sustituian otro. Eran tan estimados, que no solo los consultaban las gentes humildes, si no los personajes mas encumbrados, y él mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas, sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oraculos hasta por los mismos reyes de Megico. Empleabanse en hacer pinturas historicas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo.

Sacrificios comunes de victimas humanas.

Pero el empleo mas importante del sacerdocio, la principal funcion del culto de los Megicanos, eran los sacrificios que hacian, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiria de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debe producirle la relacion de tanta abominacion, y crueldad: pues aunque apenas hai nacion en el mundo que no haya practicado aquella clase de sacrificios, dificilmente se hallará una que los haya llevado al exeso que los Megicanos.

No sabemos cuales eran los sacrificios que usaban los antiguos Tolteques. Los Chichimecos estuvieron mucho tiempo sin practicarlos, pues al principio no tenían idolos, templos, ni sacerdotes, ni ofrecian otra cosa a sus dioses, el sol, y la luna, si no yerbas, frutas, flores, y copal. No se ocurrió a aquellos pueblos la inhumanidad de sacrificar victimas humanas, hasta que dieron el egemplo los Megicanos, borrando entre las naciones vecinas, las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decian acerca del origen de tan barbara practica, y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros Joquimilques, cuando los Megicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras estos se hallaban encerrados en el lago, y sometidos al yugo de los Tepaneques es de creer que no serian mui comunes aquellos sangrientos holocaustos, pues ni tenían prisioneros, ni podian adquirir esclavos. Pero desde que estendieron sus dominios, y multiplicaron sus victorias, empezaron a repetirse con frecuencia los sacrificios, y en algunas fiestas eran muchas las victimas.

Los sacrificios variaban con respecto al numero, al lugar, y al modo, segun las circunstancias de la fiesta. Por lo comun abrian el pecho a las victimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morian de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban a los muertos, y otras finalmente en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que mas comumente se consumában aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado a los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de Megico, era de una piedra verde, jaspe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres pies de alto, de otro tanto de ancho, y de cinco pies de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preminente, y here-



SACRIFICIO ORDINARIO.

ditaria: mas en cada sacrificio, tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacia. Vestirse para aquella funcion con un traje rojo, de hechura de escapulario, y adornado con flecos de algodón; en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes, y amarillas; en las orejas, pendientes de oro, y piedras verdes (quizas esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trages blancos, de la misma forma, y bordados de negro; tenian los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas, y adornada con ruedas de papel de varios colores, y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la victima, y la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y despues de haber indicado a los circunstantes el idolo a quien se hacia el sacrificio, para que lo adorasen, la estendian sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los pies, y los brazos, y otro le afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, segun hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho, y el vientre, e incapaz de hacer la menor resistencia. Acercabase entonces el inhumano Topiltzin, y con un cuchillo agudo de piedra, le abria prestisimamente el pecho, le arrancaba el corazon, y todavia palpitante, lo ofrecia al sol, y lo arrojaba a los pies del idolo. Lo ofrecia despues al mismo idolo, y lo quemaba, mirando con veneracion las cenizas. Si el idolo era gigantesco, y concavo, solian introducirle el corazon en la boca, con una especie de cuchara de oro. Tambien solian untar con sangre de las victimas los labios del idolo, y la corniza de la entrada del templo. Si la victima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza, para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial, o soldado que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba a su casa, para cocerlo, y condimentarlo, y dar con él un banquete a sus amigos. Si no era prisionero de guerra, si no esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadaver del altar, y se lo llevaba para el mismo obgeto. Comian tan solo las piernas, los muslos, y los brazos, y quemaban lo demas, o lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otomites hacian a la victima pedazos, y vendian estos en el mercado publico. Los Zapotèques sacrificaban los hombres a los dioses, las mugeres a las diosas, y los niños a ciertos numenes pequeños.

Tal era el modo mas ordinario de sacrificar, con algunas circuns-

... de la victima, y la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y despues de haber indicado a los circunstantes el idolo a quien se hacia el sacrificio, para que lo adorasen, la estendian sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los pies, y los brazos, y otro le afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, segun hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho, y el vientre, e incapaz de hacer la menor resistencia. Acercabase entonces el inhumano Topiltzin, y con un cuchillo agudo de piedra, le abria prestisimamente el pecho, le arrancaba el corazon, y todavia palpitante, lo ofrecia al sol, y lo arrojaba a los pies del idolo. Lo ofrecia despues al mismo idolo, y lo quemaba, mirando con veneracion las cenizas. Si el idolo era gigantesco, y concavo, solian introducirle el corazon en la boca, con una especie de cuchara de oro. Tambien solian untar con sangre de las victimas los labios del idolo, y la corniza de la entrada del templo. Si la victima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza, para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial, o soldado que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba a su casa, para cocerlo, y condimentarlo, y dar con él un banquete a sus amigos. Si no era prisionero de guerra, si no esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadaver del altar, y se lo llevaba para el mismo obgeto. Comian tan solo las piernas, los muslos, y los brazos, y quemaban lo demas, o lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otomites hacian a la victima pedazos, y vendian estos en el mercado publico. Los Zapotèques sacrificaban los hombres a los dioses, las mugeres a las diosas, y los niños a ciertos numenes pequeños.

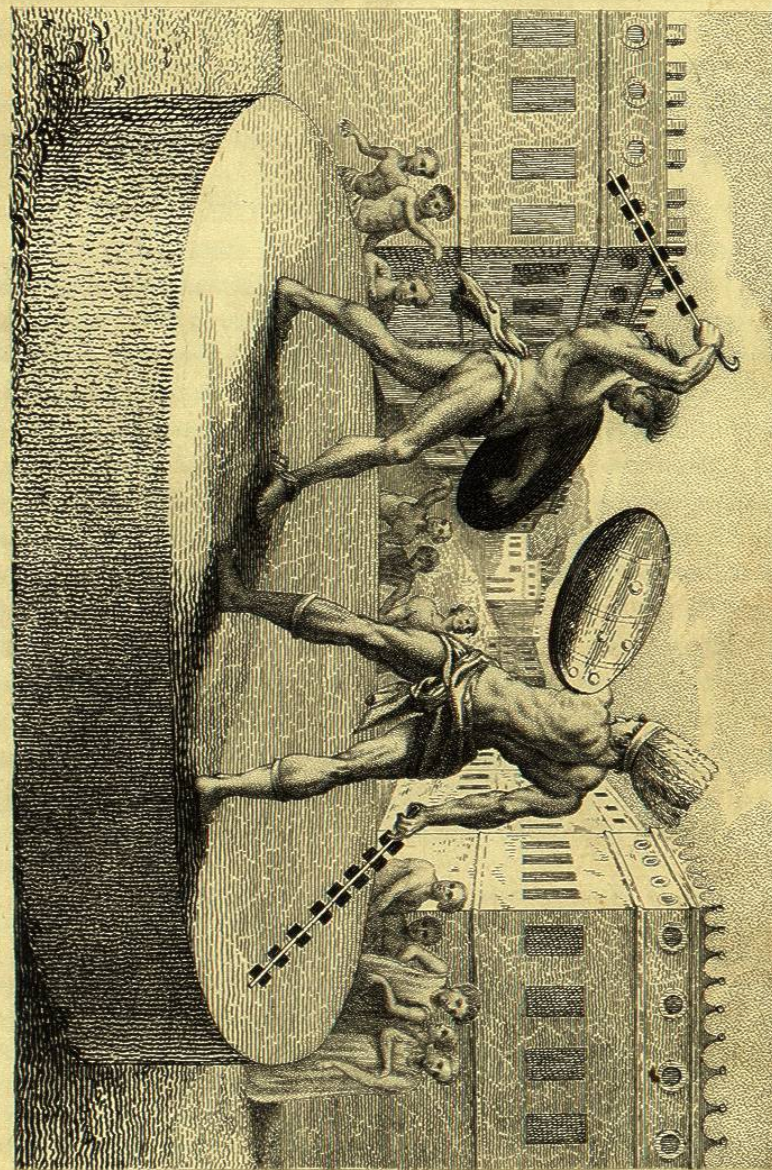
tancias mas barbaras, como veremos despues: pero tenian otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoinan, la muger que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra muger la sostenia en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las victimas morian en las llamas. En una de las fiestas que hacian a Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogandolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis o siete años, y encerrandolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre, y horror.

Sacrificio gladiatorio.

Pero el mas célebre sacrificio de los Megicanos era el que los Españoles llamaron con razon *gladiatorio*. Este era sumamente honroso, y solo se destinaban a él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho pies de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante a las de molino, pero mucho mayor, de casi tres pies de alto, lisa, y adornada con algunas figuras*. Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacatl*, ponian al prisionero, armado de rodela, y espada corta, y atado al suelo por un pie. Con él subia a pelear un oficial o soldado Megicano, a quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haria aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario, para no perder su reputacion militar, delante de tan gran numero de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente un sacerdote llamado *Chalchintephua*, y muerto o vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho, y le arrancaba el corazon. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rei con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencia a aquel, y a otros seis, que segun el conquistador anonimo, subian a pelear sucesivamente con él, se le concedia la vida, la libertad, y todo cuanto le habian quitado, y se volvía lleno de gloria a su patria†. El mismo autor refiere que en

* Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista; aunque las azoteas, y merlones son como los que los Megicanos construian.

† Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente quedaba libre el prisionero: pero yo doi mas credito al conquistador, pues no parece probable



SACRIFICIO GLADIATORIO.